

BREVE GLOSARIO DE ANGLICISMOS

(Continúa)



Cristián Rodríguez

Agresivo. Este vocablo es anglicismo cuando se emplea con el sentido secundario que tiene en inglés, de “energético”, “vigoroso”. Ingresó al Léxico inglés por vía del **slang**; pero como la tendencia en inglés es consignar todos los sentidos que da el vulgo a las palabras, si las personas cultas los acogen, figura ya en los diccionarios ingleses. El Oxford, por supuesto, le frunce el ceño. El español, lengua conservadora, se siente obligado a respetar la tradición semántica, sobre todo teniendo presente el sustantivo “agresión”, cuyo parónimo inglés tiene también la misma acepción, y denota todo ataque del enemigo. Cuando el ataque lo hacen los nuestros suele designarse “liberación”. Pero, repetimos, en español no puede pasar lo mismo, pero pasa de todas maneras. Una vez una periodista amiga que trabajaba en el “Diario de Nueva York”, pero cuya dicción no era un dechado de bien decir, fue víctima de una alevosa agresión por parte de un desconocido, que no le robó la cartera ni atentó contra su pudor, aunque el sitio de la agresión era oscuro y estaba desierto. La policía nunca logró descubrir al malhechor. Sólo yo sabía, por conjeturas verosímiles, quién era el autor del desaguisado, que revelé cuando me interrogaron. Era indiscutiblemente un lector, fanático de la pureza del lenguaje.

automación. Pensaba no referirme siquiera a este imperdonable estropicio, merecedor del castigo que en una de las “*novelae*” de Justiniano se reservaba al parricida, que consistía en arrojarlo a la orilla del mar en un saco con una mona y una serpiente. Figura como

mala traducción del vocablo inglés “*automation*”, (automatización) en el cual la segunda “t” se sustituye por una “c”, para que suene a español. Los de habla inglesa son dados a estas contracciones de las palabras y al hacerlo no sienten remordimientos de conciencia. Así, por ejemplo, dicen “*vasodilator*”, nosotros, “*vasodilatador*”. Últimamente la palabra “*automación*” ha aparecido en varios escritos de personas incapaces de cometer un parricidio y es moneda corriente en los programas culturales europeos que retrasmite la Radio Universitaria, escuchados por miles de estudiantes y otras clases de radioescuchas. Este delito no tiene perdón de Dios. El parricidio mismo puede tener atenuantes, como en el caso de aquel parricida que defendía Lincoln, tan sólo para salvarle la vida. Antes de que se pronunciara la sentencia, el autor del horrendo crimen, que había matado al padre y a la madre, pidió clemencia al juez, ante el asombro del defensor mismo. ¿Y en qué basa su petición de clemencia?, preguntó Lincoln. — En que soy huérfano, repuso. El Diccionario de la Academia no puede tampoco tirar la primera piedra en cuanto a la aceptación de vocablos contraídos como un acordeón, tomados de otra lengua, aunque sea la hermana lengua francesa. En francés la calidad de algo que es gratuito se designa “*gratuité*”, que no ofende al genio francés, porque “*gratuité*” conserva la misma “t” de “*gratuit*” (gratuito), la cual desaparece al adoptarse la palabra “*gratuidad*”, aceptada por el Diccionario. El vulgo español, a través de la historia, no sólo ha contraído palabras, sino que al formar voces derivadas añade, quita o sustituye letras. Esa facultad instintiva es lo que llaman genio del idioma y ha hecho que de la misma raíz se adopte una forma diferente a la usada en otras lenguas romances. Ejemplo de ese instinto creador es el vocablo “*verdulera*”, la que vende verduras, y “*verdulería*”. “*Verdulera*” es por extensión una “*mujer desvergonzada*”, especialmente la que emplea un vocabulario soez. En este sentido la “*verdulera*”

ocupa un lugar inferior al de las “*señoras de patio*”, que ahora se han involucrado (la voz es correcta en este sentido, aunque no en el que aquí se le da, de envolver) en los artículos de don Otilio y editoriales de LA NACION. Desgraciadamente, el sabio instinto del vulgo que ha creado las lenguas y las ha hecho evolucionar, tiene ahora poca voz y menos voto: su espontaneidad ha sido gravemente menoscabada por las instituciones que ahora dictan el uso al pueblo soberano y sumiso: el cine, la televisión, la radio, las universidades, y los **boy scouts**, etc.

alma máter. Según me ha explicado don Luis Felipe González Flores, esta calamidad (la calificación es mía), es muy anterior a la fundación de la Escuela Normal de Costa Rica establecida en Heredia. La palabra figura en el Himno de la Normal y allí pudieron haber terminado sus días, si no fuera que se le insufló nueva vida al fundarse la Universidad de Costa Rica, que introdujo una nueva mística, más aguda aún, creando y estableciendo una especie de monopolio de esa palabra. El estudiante o profesor que la usa, al pronunciarla, se pone la mano en el pecho, acompañada del sombrero, si lo usa, y agrega otra palabra con gran unción, la de “*don José*”. Este don José no es otro que don José Ortega y Gasset, el filósofo que alcanzó inmortalidad con la frase críptica “*Soy yo y mis circunstancias*”, Primerero de España y Quinto de Alemania, según la cita de Beto Cañas. Los norteamericanos y los ingleses desenterraron el **alma máter** de los romanos, que no era ningún colegio o universidad, sino una diosa, Ceres o Démeter, y que se apodaba madre nutricia, y la aplicaron a instituciones de enseñanza superior, como sinónimo. En español los estudiantes no saben lo que significa “*alma*” en este caso, (no tiene que ver con *ánima*), como tampoco saben por qué Chocano adoptó para sus versos el título de “*Alma América*”. En la locución “*alma de cántaro*”, *alma* significa alma o *ánima*, pero en *alma máter*, la única *ánima* es la animosidad que le tengo.